

EL CACIONERO NOMADA

que desprende sus pomas, y al cielo  
levanta los brazos.

Oh, suprema lección! Mientras todos  
infiérenle agravios,  
él, a trueque de piedras, regala  
sus frutos dorados.

LA HORA DEL PASTOR

LA HORA DEL PASTOR

Hay un vasto silencio vespéral. Cielo lila.  
Encamina el pastor con mansedumbre  
al rebaño al aprisco. Plañe lenta la esquila  
bala una artuñuela con quejumbre.

EL CANCIONERO NOMADA

No surge otro rumor. Otoña. Hay frío.  
Y presa de una suave sensación melancólica  
clamo:—No llores más corazón mío:  
húndete en el misterio de la tarde bucólica.

LA HORA DEL PASTOR

En estas horas tempranas, cuando  
el pastor con sus ovejas  
se aleja al campo, y la vaca  
se retira con sus terneros,

SUB-UMBRA

SUB-UMBRA

Cuán largo es el viaje,  
qué angosta la senda!

No fulge el milagro  
de luz de una estrella:  
tan sólo me alumbran  
mis propias quimeras.

Ni un perro que siga  
mis pasos alerta,  
me invaden pavuras  
oyendo a las fieras,  
y tiemblo al rugido  
del viento en la selva.

Cuán largo es el viaje,  
qué angosta la senda!

Sangraron mis plantas  
en zarzas y piedras;  
y hay sombra en el cielo,  
y hay sombra en la tierra.  
A veces rutilan  
fatuas flamescencias,  
y columbro a veces  
unas cruces negras,  
que platican mudas  
de rojas tragedias.

Cuán largo es el viaje,  
qué angosta la senda!

Piedad, oh Dios mío,  
los lobos me acechan,  
me rondan los buitres,  
la nieve me hiela.

Dios mío, estoy solo,  
no tengo defensa;  
me invaden pavuras  
oyendo a las fieras.  
Si me niegas armas  
no me niegues fuerzas...

Ve que es largo el viaje  
y angosta la senda!

PAISAJES DE LA RUTA

PAISAJES DE LA RUTA

I

Primavera. Ríe el campo  
en joyantes floraciones,  
mientras en mi ánimo estampo  
añoranzas e ilusiones.

Hay de la luz bajo el lampo  
genesiacas ascensiones;

EL CANCIONERO NOMADA

irrumpen, como en un ampo  
de nieve, róseos botones.

Son los mirtos llamas rojas;  
en las teclas de las hojas  
vibran arpegios sentidos.

Cumplióse una ley suprema,  
y cantan un gran poema  
los músicos de los nidos.

II

Derrama el sol meridiano  
chorros de luz ígnea y roja,  
y es la risa del Verano  
jugo y verdor en la hoja.

En el hondo surco arroja  
nemoroso viento el grano,  
y la ninfa se sonroja  
con malicia ante Silvano.

De la Natura en el vientre  
hay palpitaciones, y entre  
su sueño una fiebre extraña.

JUAN B. DELGADO

Estalla el sol cual Vesubio  
y—enorme camello nubio—  
su jiba irgue la montaña.

III

Sus galas mustia el bosque,  
los silfos descansan quietos,  
y los brazos del ramaje  
dibujan airados retos.

Los arbolados escuetos,  
tras la bruma del paraje,  
cual macabros esqueletos  
pavorizan el paisaje.

La selva está pensativa;  
flota en la gris perspectiva  
la tristeza del Otoño.

Ni un cisne que el cuello enarque,  
ni una flor que alegre el parque,  
ni un pájaro, ni un retoño!

IV

Llegó Invierno—anciano corvo  
de luenga barba de nieve—

EL CANCIONERO NOMADA

El campo ha bebido un sorbo  
fatal... Llueve,  
llueve,  
llueve.

El río apenas si mueve  
la linfa. El hielo es estorbo.  
La bruma es un ala leve,  
pero de pájaro torvo!

Simulan: plumón grisáceo,  
la niebla; fusco cetáceo,  
la nube; el gélido río,

sierpe de claros diamantes;  
y los copos albicantes  
palomas muertas de frío!

II

Meditaciones  
Sentimentales